

Incandescente Volodin

Con cohesión prosódica formidable en cada frase, Alexei Volodin, al teclado, obró ese milagro tan deseado por un intérprete, que es convertir en canto el conjunto de percusiones de los macillos sobre las cuerdas; algo que queda reservado para el olimpo de los pianistas (...) insignes, y ni siquiera ellos están exentos, como humanos, de una velada mediocre.

Alexei Volodin, sin embargo, nos hizo palpitar entregándose con un arte dinámico, flexible y libre de rigidez escénica, con una madurez artística en progresión exponencial desde su actuación en el Concurso de Piano de Santander hace varios años. Nacido en San Petersburgo, sede histórica del mejor conservatorio del mundo, antenoche irradió dosis inconmensurables de vitalidad en cada uno de esos „4 impromptus“ de Schubert. Su lenguaje interpretativo se apoyó en una digitación inmaculada, con ligeras aceleraciones puntuales del tempo, ganando expresión con notable elegancia y hechizo; todo ello envuelto en una pulcritud absoluta que trajo los primeros y merecidos bravos.

La „Polonesa-Fantasia“ de Chopin comenzó con un sonido líquido dotado de la profundidad sincera de lo auténtico, y dio paso a frases empapadas de la potencia cósmica siempre latente en un Steinway & Sons, esperando la mano que sepa arrancarla.

La „Sonata Hammerklavier“ de Beethoven, de inmensas dificultades técnicas, es el más temible reto que el de Bonn dejó para los pianistas de la posteridad. Volodin afrontó esta prueba de fondo de 52 minutos, casi destructiva, dosificando las fuerzas con total naturalidad y realizando las transiciones de un tema a otro con una sutileza pasmosa. Progresó sin vacilar, generando tensiones, resueltas a placer en la explosión gigantesca de la fuga final. Sus armonías, deliberadamente impactantes, nos mantuvieron en vilo con un sonido pianístico de cantos afilados, creando una música limpia, libre de acicalamientos. El gran movimiento lento, con sus líneas melódicas abovedadas y sus inflexiones armónicas hechiceras, alumbradas magistralmente por Volodin, nos hizo disfrutar de una ejecución de enorme sensibilidad, comparable a la de artistas supremos del teclado como Sviatoslav Richter, Emil Gilels o Alfred Brendel. El ruso triunfó con una interpretación majestuosa, de sonido encendido, en ocasiones, hasta la incandescencia, con la franqueza contundente de quien se sabe dueño de su propio éxito sin depender del arbitrio caprichoso de nadie.

Heraldo de Aragon, Zaragoza - Miércoles 17 de mayo de 2006

Crítica de música: Luis Alfonso Bes